El Catecismo erótico

JOAQUÍN ARBIDE

SAMARCANDA

El catecismo erótico

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

Derechos reservados © 2017, respecto a la primera edición en español, por:

© Joaquín Arbide
© Editorial Samarcanda

ISBN: 9788417103323
ISBN eBook: 9781524303617

Producción editorial: Lantia Publishing S.L.
Plaza de la Magdalena, 9, Planta 3, 41001, Sevilla
www.lantia.com
IMPRESO EN ESPAÑA-PRINTED IN SPAIN

¿QUE COSA ES ESA DEL EROTISMO?

Lo siento. Nunca he sido maestro, ni conocedor en profundidad de este tema. Soy un investigador muy de superficie, pero experimentado y curtido en cien mil batallas.

Tengo entendido que eso del erotismo es algo que tiene que ver con el amor y su ejecución física. Hasta ahí llego, como una vasta legión de aprendices de todo y oficiales de nada.

A mi juicio, esa «cosa» se puede encontrar en infinidad de objetos, circunstancias, momentos, recuerdos, fotos, músicas…

Alguien ha dicho que «Erotismo es creer lo que no vimos». Bueno. Vamos a dejarlo ahí.

Si acudimos a las definiciones, «erótico», como adjetivo, significa «amatorio». También, todo aquello perteneciente o relativo al amor sexual.

«Erotismo» es la cualidad de erótico y todo lo que se refiere al amor y a la sexualidad.

La «erotomanía» es la ilusión delirante de ser amado o un trastorno mental caracterizado por preocupaciones sexuales obsesivas.

Y «erotómano» es el que padece erotomanía.

Recuerdo canciones de los años 40:

Una niña patinando,
patinando se cayó,
Y en el suelo se le vio…
(Pausa cargada de erotismo)
…que no sabía patinar.

Este fragmento pertenece a aquella popular canción titulada «Se va el caimán, se va por la barranquilla...» y que toda España aceptó que era una burla contra el general dictador. Nunca supimos si aquello era verdad, ni nadie nos dijo nada. De haber sido así, me hubiera divertido muchísimo.

Y de alguna zarzuela o revista de la misma época. Va el chulapo y le dice a la chulapa:

«Niña: Por lo que se ve,
y por lo que se adivina,
vaya un tormento
para la imaginación.»

La cosa del erotismo estaba agazapada, como el pecado (así decían los curas miopes de la época) en cualquier rincón de la vida.

—¡El pecado y el diablo con su tenedor, nos acechan! ¡Estad en guardia!

Y por mucho que pregonaran los curas miopes, lo de la excitación estaba a la vuelta de cualquier esquina y nos acompañó a lo largo de nuestros años de juventud y madurez.

El factor erótico puede surgir al contemplar la foto promocional de un dormitorio de un hotel con encanto.

De una joven montando en bicicleta.

De una turista remojándose en la fuente de la Plaza de España de Sevilla en un día con cuarenta grados.

De cómo lleva los pantaloncillos tu vecina de enfrente mientras tiende la ropa y sus prendas más íntimas.

De cómo luce paquete el repartidor de Butano.

Cuando te anuncian por la tele cómo se pueden afeitar las zonas púbicas.

Cuando ves a Elizabeth Taylor y Paul Newman en *La Gata*...

Cuando ves a Ava Gardner y Richard Burton en *La noche de la Iguana*.

Cuando ves un anuncio de Tampax para jóvenes que se bañan en la playa.

Cuando...

El erotismo más concentrado se puede encontrar en el escaparate de una lencería.

En una peluquería *unisex*.

En la mirada de una mujer sonriente rebuscando productos en las estanterías del súper del barrio.

En el escote que la camarera te muestra generosa, al agacharse para ponerte el hielo del cubata.

En las rodillas de la mujer, en el banco del parque, que no acaba de cerrarlas.

En los muslos del hombre que cada vez los separa más.

En la joven, que disimula ser mayor, y lee y relee librillos de poesía en la librería y mira y rebusca a hurtadillas y de reojo, a ver si alguien quiere leer su mismo libro...

La que, en la playa, en la piscina, reduce la parte baja del bañador, para señalar el monte de Venus y llamar miradas e intenciones.

En una mujer que luce sus nalgas tendida sobre la arena de la playa.

Es tu compañera, semidesnuda, esperándote en la cama.

El erotismo viaja con nosotros, porque ha nacido con nosotros.

En lenguaje llano, el erotismo es lo que te predispone y prepara para hacer el amor.

¿QUÉ ES UN CATECISMO?

Un catecismo es el libro que contiene la exposición de alguna doctrina, ciencia o arte en forma de preguntas y respuestas.

Obra que, redactada frecuentemente en preguntas y respuestas, contiene la exposición suscinta de alguna ciencia o arte.

Libro por el que un lector manifiesta su extraordinaria preferencia y que lee completa o parcialmente con cierta frecuencia.

«Este libro es mi catecismo».

Los de nuestras generaciones y los de algunas posteriores, siempre han entendido que catecismo es ese librillo que hay que aprender de memoria para hacer la Primera Comunión y moverte por la vida dentro de la familia cristiana.

Imposible olvidar aquello de:

—Decid, niños. ¿Cómo os llamáis?

—Pedro, Juan, Antonio, etc.

—¿El Padre es Dios?

—Sí, padre, el Padre es Dios.

—¿El Hijo es Dios?

—Sí, padre, el Hijo es Dios.

—¿El Espíritu Santo es Dios?

—Sí, padre, el Espíritu Santo es Dios.

Entonces se formaba el galimatías. Y llegabas a la conclusión, más o menos dirigida, para descubrir que:

«Eran tres personas distintas y un solo Dios verdadero.»

No sé si lo que voy a reproducir a continuación pertenece a tan clásico librillo. Si es que sí, pues sí. Y si es que no, pues lo sentiré, pero me estuvieron machacando con tal cosa durante los mejores años de mi vida, privándome de otros conocimientos que hubieran alegrado mi juventud.

Examen de conciencia,
dolor de corazón,
propósitos de enmienda,
decir los pecados al confesor
y cumplir la penitencia.

No quiero que se olvide o ignore a lo largo de la lectura de este librillo, si es que usted es capaz de embarcarse en tal aventura, lo de que:

un catecismo es aquel libro por el que una persona siente o manifiesta su gran preferencia y que lee con frecuencia, parcialmente, a párrafos, y que se suele tener en la mesilla de junto al sofá o en la mesa de noche.

Creo que queda claro lo de «catecismo».

Y espero y deseo que este humilde librillo, repito, pueda convertirse en su catecismo.

NO PODÍA SER DE OTRA MANERA

Si yo no hubiera hablado, escuchado o leído a todas estas personas, nunca podría haber escrito este humilde librillo que habla de algo que nos atañe y concierne a todos los humanos:

El erotismo, el amor, el sexo y las mil maneras de hacerlo y sentirlo.

Mi amigo Eloy Jiménez.

La escritora Paloma Díaz Mas.

Los escritores Juan García Hortelano, Javier García Sánchez, Gonzalo Torrente Ballester.

La profesora licenciada en Historia, Eva Manzano Pérez.

La periodista Mariló Montero.

Y mi casi paisano y amigo, Fernando Quiñones y su Hortensia, La Legionaria.

Gérard Lenne, historiador francés especializado, con un equipo de colaboradores, en el cine erótico:

Jacques Zimmer, Jean-Claude Romer, Henri Gigoux, François Jouffa, Dicher Roth-Bettoni, Jean-Pierre Bouyxou y Alain Vanisse.

Y sobre todo a mi álter ego, Joaquín Arbide, por la cantidad de experiencias, algunas vividas, otras leídas o escuchadas, gracias a las cuales este trabajo se ha podido redondear para que ahora llegue a sus manos y a su imaginación...

Porque de ahí, de la imaginación, nace el erotismo, el amor y la práctica del sexo.

¿Por que no lleva fotos este libro?

1.— Porque es un libro para estudiar y pensar.

2.— Porque si, por cada capítulo o personaje que en él se cita, se publicara la correspondiente foto, esto podría convertirse en un calendario de revista cinematográfica o colección para cabinas de camiones. Con todos mis respetos a los camioneros que, miren ustedes por dónde, saben distinguir donde está el arte en el cuerpo de la mujer y, además, se hacen acompañar por ellas. ¡Ah! Y a las revistas de cine.

3.— Porque las fotos que yo pudiera ofrecerles, la mayoría de mis lectores las iba a conocer con toda suerte de detalles.

4.— Y porque he escrito este libro con la intención de desarrollar la memoria y la imaginación. Y para desarrollar cualquiera de estas dos cosas, nada mejor que un texto y una reflexión. Nada más. Las imágenes, a veces, sobran. Vivimos una etapa histórica en la que estamos saturados de imágenes. Vamos a leer y a pensar, por favor.

UNA VENTA DE CARRETERA

Estaba anocheciendo. Ya no quedaba nadie. Me disponía a cerrar la venta. Pero inmediatamente oí la música de una radio portátil. Alguien se acercaba y se iban a trastocar mis planes. El desmadre había comenzado.

Unicamente se sentaron el del sombrero y uno de los muchachos, hablando con las caras inclinadas sobre la mesa. Una de las chicas se desnudaba. El otro muchacho y la redondita culona bailaban contorsionándose a lo bestia. La mujer mayor y la chica pelirroja, bailaban, sin seguir la música del radio casete. Casi sin moverse, pero abrazadas y besándose a fondo, los brazos de la mujer rodeaban el cuello de la chica, y la chica sostenía con las manos abiertas las nalgas de la mujer.

Tuve un arrebato de miedo, sin fundamento. Hasta que me serené, permanecí con la espalda contra la barra, absorto en el abrigo de pieles colgado de la máquina tragaperras. Luego me decidí a mirar el cuerpo desnudo de la muchacha, largo y proporcionado, el estómago algo más grueso de lo que correspondía. En contraste con la cabellera cenicienta y rizada, casi desde el ombligo le bajaba por el pubis un mechón, vertical, lamido y brillante, como la cola de un cuervo. Me irritó que ni siquiera me mirase. Pero más me irritaba la vergüenza que me impedía mirar a la pelirroja y a la mujer de los altos tacones, enlazadas por las piernas, vientre contra vientre, hechizadas, comiéndose las bocas.

Roberta, según había dicho alguien, me sonrió, a punto en una de sus contorsiones de chocar con mi cuerpo rígido. En la mesa del hombre y del muchacho había una botella de whisky que yo no había servido. Alisándose sobre las caderas la tela negra que más parecía traje de fiesta que camisón, la chica se había transformado en una recién parida de hombros suaves y ondulada espalda carnosa.

Cuidadosamente, atravesé entre ellos. Sin encender las luces de la cocina, salí al huerto. Cargué una de las escopetas. A oscuras, con la escopeta entre las piernas, permanecí sentado en la cocina, incitándome a recorrer el pasillo sigilosamente y, desde la entrada, descerrajar dos perdigonadas contra la estantería del bar. Quería verles huir como conejos en medio del estruendo crispado de las botellas, el espejo, el placer, la espontaneidad de sus movimientos rompiéndose en añicos.

Me dio por imaginar, para animarme que, de haberles servido Manuela, alguno de ellos o de ellas, habría ido subiendo una mano bajo la falda, muslo arriba, arriba por el muslo terso, casi resbaladizo, de la que entonces fue mi mujer y entre cuyos muslos, en lo profundo de aquellas noches, hundía yo el rostro y seguía durmiendo.

Me obsesionaba asustarles por lo menos, desafiarlos, y es que no se me ocurría otro remedio al encogimiento de mi pene, que tanto más se me arrugaba, cuanto más nítidamente lograba representarme la espalda de la falsa Sara, la frondosa entrepierna de Manuela, las bocas frenéticas de las dos desaforadas.

Cuando sentí que alguien venía por el pasillo, escondí la escopeta detrás de la puerta de la despensa y encendí las luces. Aparecieron el chico, que había estado bailando con Roberta, y la mujer de la minifalda azul. Mientras el chico fisgoneaba los

vasares, ella hablaba y yo miraba a sus labios despintados y húmedos. Querían cenar. Y saber de cuantos dormitorios, camas y baños se disponían. De cena, lo que hubiera, nada de lata, pero rápido. Tenían hambre. Y gasolina para los coches.

—Escúchenme ahora a mí. Camas hay dos. Una grande. Puedo preparar un diván y un somier con un colchón. Baño con bañera y ducha. Agua caliente. Para cenar huevos fritos o tortilla francesa, bocadillos de jamón embutidos, chorizos de orza. Melocotón en almíbar... Y vinos de marca.

—Vale —dijo ella—. Y se le pagará por adelantado. Anda Carlos.

El muchacho sacó unos billetes y dejó cuatro de los grandes.

Empecé a preparar la cena. Mientras batía los huevos los oí corretear por el piso de arriba. No había sabido encontrar mejor ofensa cuando me la saqué, floja y mustia. Pero fue creciendo, aunque sin endurecerse, a medida que la sumergía en el fluido amarillo de los huevos batidos, que la acariciaba con los chorizos encostrados de manteca, que batía con ella las aceitunas en un cuenco, que la apretaba entre las dos mitades de las barras de pan antes de sustituir mi carne viva por lonchas de carne fiambre. Gracias a que la culona empezó a hablar por el pasillo, pude limpiármela con un paño y hasta subirme la cremallera de la bragueta.

—Oye —venía diciendo—. Que una de las habitaciones de arriba está cerrada. Dame la llave.

—Mientras ustedes cenan, yo prepararé los cuartos.

—¿Vives solo? En esta casa hubo en tiempos una mujer. Se nota en que todo lo que hay de un cierto gusto está ajado y amarillento y lo nuevo es de plástico y chillón. O sea, que no tienes quien te caliente la cama... Pobrecito. El cuarto de baño

está pasable, aunque habrá que hacer cola para mear. Como fonda tu casa es una mierda, pero como casa es cachonda.

—¿Te llamas Roberta?

—¿Por qué lo preguntas? Venga. ¿Te queda mucho fogón? Vuela, que nos vamos a emborrachar esperando.

Movía el culo a conciencia. Terminé la cena y la serví. En un extremo de la mesa, el hombre con el sombrero siempre puesto. En el otro extremo la pelirroja. A su izquierda, la mujer que había dejado sus zapatos de tacón sobre la barra, que no dejaba de besar a Roberta cada vez que se le acercaba. La del camisón negro se negaba a sentarse sobre las piernas de Carlos. Los dejé cenando.

Subí a preparar las habitaciones. De repente decidí dejar de preocuparme de sus malditos culos, sus pechos y sus labios, sus exhibiciones de carnes... Habían dejado las luces y el televisor encendido, abiertos los armarios y todo estaba revuelto. Saqué la pistola de la cómoda y me la puse al cinto.

Cuando volví a bajar aún estaban comiendo y bebiendo. Llegó Jacinto, como todas las noches a tomar su última copa.

—Hace buen tiempo. ¿Tienes huéspedes? No será que no te lo avisé. Ese género de lujo carnal, farfolla. Están enviciadas con una clase de tíos que lo que les gusta de las hembras son las bragas y los ligueros. Echale un tiento a esa Roberta, que tiene un culo muy agradable y a lo mejor te distrae un rato y colma tus deseos. Con las otras, no hay que engañarse, estás expuesto a una orquitis preconciliar.

—Ya han subido. Tengo que recoger la mesa.

Jacinto apuró su copa y se despidió hasta mañana. Cuando yo le conocí, ya hacía años que Manuela me había abandonado. Dormiré en el cobertizo, en el catre de tijera. Con esta gente

aquí pasaré la noche en vela. Subí a echar un vistazo. Las luces de la antigua alcoba llegaban hasta los últimos escalones. Desde el descansillo vi a Roberta que, desnuda, cruzaba la habitación. Por una puerta entreabierta, oí jadeos y quise reconocer el cuerpo de la chica del pelo rizado, arrodillado y erguido, formando un perfecto ángulo recto con el cuerpo del muchacho que, tendido en la cama, la tenía ensartada y sobre el que ella, basculando sobre las rodillas, mantenía un ritmo pausado, sincronizado con los empujones del miembro que tenía incrustado en su gruta caliente y húmeda.

—*A rural entertainment*, se titula la marranada —dijo Roberta.

—Pero, ¿qué es lo que representa? —preguntó el muchacho.

—Lo que yo decía. Grupo de viejos de peluca y casaca follando sobre la hierba.

—¿Quieres, de una puñetera vez, atender a lo que estás? —pidió la muchacha.

—Ay, linda, no asustes al niño —rodeando la espalda de la chica con un brazo, Roberta le mordió un hombro—. Tranquila, corazoncito, que en cuanto le tape la boca a tu violador con una mordaza sabrosona, lo vas a notar crecer dentro de tu agujero, preciosa mía. Gorrioncitos, me estáis volviendo loca de delirio.

Trabajosamente Roberta acabó por colocarse de rodillas y con las piernas abiertas sobre la cabeza del muchacho, hasta que sobre su rostro cayó el ensortijado pubis. Sara colocó abiertas las palmas de las manos sobre las clavículas de Roberta y esta, ostentosamente, se alzó los pechos. Ahora el nítido rectángulo de carne que formaba el trío se agitó, parecieron desequilibrarse y creí que ambas se derrumbarían sobre el muchacho. Pero

recuperaron el ritmo y Sara y Roberta reanudaron el jadeo a volumen creciente.

Inesperadamente las facciones crispadas de Roberta se volvieron hacia mí:

—¡Fuera! Cabrón, barrigón, fuera de ahí, que no quiero mirones. Lárgate o te capo el pellejo.

Retrocedí de espaldas como si la voz de la mujer me empujase y me detuve en la oscuridad al tropezar con una maleta. Las manos me temblaban. Me acordé de que tenía la pistola en la derecha. Sonaban crujidos intermitentes. Necesitaba oír los gritos de la mujer de los muslos negros y de la pelirroja.

—¡Váyase y deje de merodear!

Distinguí la silueta del sombrero. Pude haber disparado.

—Disculpe —dije.

—Usted no tiene ningún derecho a espiarnos.

Estaba donde yo había preparado un diván, un somier y un jergón, que habría de ser un nido de amor para una pareja de maricones románticos.

—Solo quería saber si necesitaban algo los señores.

Percibió la pistola en mi mano. Pretendió escapar hacia la barra del bar, pero le sujeté por un brazo y le miré fijamente a los ojos. Me pareció que le veía por primera vez y no era extraño que mis ojos hubiesen rechazado aquel rostro de maricona petulante, frágil, vulgar, pero de una belleza sobrecogedora.

—Yo se que tú no quieres hacerme daño —gimió—. Al contrario, ¿verdad?

—Dime una sola cosa, mujercita.

—Lo que tú mandes, hombrón, bruto.

Me quitó la pistola de la mano y la dejó sobre la mesa.

—Apártate, puta. Una cosa y no me mientas.

—Pero si te encanta que nos apretemos. Yo te digo lo que quieras juntos. Seguro que es algo guarro lo que quiere saber, hombre depravado.

El tipo del sombrero, llamó con voz dulce desde arriba:

—¡Caniche!

—Si, Fernando, subo en un momento. Estoy tomando un vaso de leche.

Y me dijo: ¿Tú quieres saber si Fernando es mi marido legal? ¿A que sí, adúltero? Es fantástico que me tengas celos.

—¡Calla!

Sus manos, de una suavidad asombrosa, se dejaron conducir por las mías.

—Mira, mira, lo que mi macho me pide. Deprisita y calladito, que me muero si nos sorprende Fernando.

—Calla tú, nena. Oye. ¿Cómo se llama la pelirroja?

—Curioso y vicioso —su aliento me abrasaba el oído—. Olvídate de esa y piensa solo en mí, que te hago feliz y te abandono ahora mismito.

Sus dedos, cuando aún me sacudían los espasmos, subieron hasta mi cara, se engarfiaron en mis mejillas y sentí la agria humedad de su lengua invadiendo mi boca.

—Adiós, tesoro.

Abrí los ojos después de haber escuchado sus pisadas saltarinas por los escalones. Recuperé la pistola. No sabía qué hacer. Echar todos los cerrojos de la casa, ducharme con la manguera en el huerto, arrepentirme de no haberle acariciado el culo a Roberta... Decidí beberme a gollete una botella de coñac. El estómago y la cabeza se me sublevaron.

Me desperté en el cobertizo. Cuando entré en la cocina, estaba Palmira, recogiendo lo de la noche anterior y poniendo todo a punto. Me puso un tazón de café.

—Te voy a dar unas pesetas por este trabajo extra.

—No. Los que se han marchado me encargaron que te diera estos billetes por las molestias.

—¿Quién?

—No lo sé. Bastante barullo con los desayunos, el equipaje, todos borrachos... Y todo en desorden. Tengo avío para una semana. Una con cara de puta o un señorito con cara de maricón, yo qué sé.

Palmira se ajustaba bajo la blusa las tirantas del sostén, cuando le dije:

—Mañana ajustamos cuentas.

—¿Mañana? ¿Y por qué no ahora?

Palmira me notaba mal y me hizo volver a la realidad. Me besó, me desnudó, me acarició todo el cuerpo, se desnudó suavemente, rozó sus pezones contra mi boca, luego bajó sus labios hasta mi pubis y buscó mi sexo, lo absorbió hasta el límite. Cuando supo que yo ya estaba, se montó encima y se dejó penetrar. Así siguió no se cuanto tiempo. Yo la había regado.

—Hasta mañana. Y agradecida. Te deseo lo mejor.

Salí a desentumecer las piernas, a respirar aire limpio. Se había producido un profundo silencio en el entorno. Me senté en el porche. Así pasó no sé cuánto tiempo. De repente, oí cantar a Manuela, mientras planchaba en la habitación de arriba con las ventanas abiertas, como siempre hace a esta hora de la tarde...

—¡Manuela! ¿Estás ahí? ¿Cuándo vas a bajar a tomar el cafelito?

—Ahora bajo, cariño...

ALFONSO XI Y LA CALLE DE LA PIMIENTA

Sevilla. Siglo XIV. El rey Alfonso XI, estaba casado con doña María. Pero no estaba contento con ella. La cosa no marchaba. Entonces, le echó la mirada encima a una «rica hembra», llamada Leonor de Guzmán.

Doña María se percató sobradamente de la situación y optó por visitar a una hechicera judía que vivía y tenía su consulta en la calle de la Pimienta. Una vez allí, le pidió que le recomendase algo para atraer la atención de su marido y la hechicera, ni corta ni perezosa le ofreció un «filtro de amor», un bebedizo que excitaba al hombre para conseguir mejores resultados a la hora de hacer el amor.

Por una confusión muy propia de aquellos años y siglos, el mismo bebedizo fue a parar a un convento de frailes, donde el enfermero, con su mejor voluntad, se lo administró a un novicio afectado por unas fuertes y extrañas fiebres. A partir de ese momento, las fiebres fueron a mayores, tanto que el novicio se escapó del convento dedicándose a perseguir a cuantas mujeres estaban de buen ver, hasta que se tropezó con Leonor de Guzmán.

Dándose él a conocer y descubriendo quién era ella, tras algunos ajetreos y griteríos cameros, que dejaron al novicio algo tranquilizado, no dudó en seguir su aventura adelante. Pidió al rey la mano de su amante, la cual le concedió de inmediato,

porque de ese modo se ahuyentaba el fantasma de sus relaciones ilícitas.

Pero el fraile, que era fraile, pero no tonto, advirtió que en lo del amor y la cama, la cosa no funcionaba tal y cómo él quería y, tras alguna investigación, descubrió el pastel. Se sintió ofendido y volvió a salir corriendo, pero esta vez para reingresar en el convento para siempre.

Doña Leonor de Guzmán le dio seis hijos al monarca y cuando este murió, doña María mandó matar a doña Leonor «de seis mazazos en la cabeza», ni uno más ni uno menos. A continuación, salió corriendo, como el fraile, pero en este caso hacia el convento de San Clemente, donde se recluyó, murió y está todavía.

Lo que hay que hacer notar es que los movimientos de entradas y salidas de los conventos en aquellos siglos eran más numerosos y frecuentes que los de la Estación de Santa Justa y el Aeropuerto de San Pablo juntos, en el actual.